

Papá para los suyos

NARRADOR: DON CORATHERS

AL FINAL, LLEVARON A ERNIE DE REGRESO A KENTUCKY Y LO pusieron a descansar en la cima de una colina del Condado de Knox. Él había estado ausente por casi cuarenta años.

Había dejado su hogar en Kentucky Oriental como parte de la más grande inmigración interna de la historia de este país, que empezó como un goteo de las colinas y valles de Kentucky, Tennessee y Virginia Occidental en la primera parte de este siglo, y se convirtió en un torrente durante la Segunda Guerra Mundial y en la posguerra: cientos de miles de familias se mudaron de las áridas granjas y las agotadas minas de carbón en los Apalaches para encontrar una vida mejor en la ciudad.

La migración de los Apalaches no se conoce tan bien como el éxodo de la sequía en los años treinta porque no contó con un John Steinbeck que la narrara, pero sí tuvo un Tom Joad. Su nombre fue Ernie Mynatt, y ésta es su historia.

En 1959 Ernie, entonces a mediados de su treintena, se mudó del condado de Harlan, en Kentucky, a Cincinnati, uno de los primeros destinos de los migrantes apalaches. Había estado en la guerra, obtenido un diploma universitario y enseñado durante diez años en escuelas públicas del Condado de Harlan; había conocido a Purley Ayer, un carismático apalache —predicador, educador y activista social— quien lo persuadió de que había una importante obra por hacer en las calles de Cincinnati.

Por ese tiempo, la antigua barriada alemana (German Over the Rhine) que bordeaba el centro de Cincinnati se había transformado en un pueblo mediano de Kentucky en medio de una ciudad de Ohio. «Era una práctica común —decía Marlin Wightman, un proveniente de Tennessee que vivió en Over the Rhine en los años cincuenta—, cuando uno conocía a alguien, preguntarle “¿de dónde viene, de Kentucky o de Tennessee?”».

Para muchos emigrantes apalaches, la ciudad era un lugar difícil. Habían venido a Cincinnati en busca de empleos, y los habían encontrado, pero con frecuencia los salarios y las condiciones de trabajo eran abusivas. Criados en una cultura que valoraba el hogar, la familia y la conexión con sus alrededores, se encontraban viviendo en apartamentos pequeños alquilados por semana, separados de sus grandes familias, en un lugar donde no había nada con lo cual relacionarse. Su pesar se expresaba en una música nostálgica, la banda sonora de la migración, tristes canciones acerca de la separación, la pérdida y el pesar.

Era mucho más difícil para los niños. Despreciados por sus condiscípulos e incomprensidos por los maestros que consideraban el acento de Kentucky como una señal de ignorancia, muchos de los hijos de emigrantes apalaches abandonaron la escuela en la primaria superior o antes. No tardaron en aprender de cuántas maneras un muchacho campesino podía meterse en líos en las calles de la ciudad.

Fue en ese ambiente que Ernie Mynatt abrió una tienda en Over the Rhine en 1961. Con el apoyo del Fondo Apalache, dotado por Herbert Faber, presidente de la compañía Formica que tenía su sede en Cincinnati, Ernie comenzó a los treinta y ocho lo que llegaría a convertirse en la obra de su vida: ayudar a sus amigos y vecinos, y

especialmente a los hijos de estos, a aprender a enfrentarse con la vida de la ciudad.

Al principio el empeño fue al por menor, un muchacho a la vez. Comenzó vagando por las calles para ganarse la confianza de los chicos, quienes al principio sospechaban que él debía ser un policía, un agente holgazán o un pederasta. Iba a la corte juvenil todas las mañanas y mediante una diáfana persistencia persuadía a los jueces que asignaran a los jóvenes delincuentes a su cuidado en lugar de enviarlos a la cárcel o al reformatorio.

Finalmente llegó a hacerse responsable por más de seiscientos adolescentes. Podían jugar al billar en el mostrador de su tienda de la Calle Mayor, ver televisión allí usar el teléfono para llamar en busca de empleos. Lo más importante, ellos podían hablar con Ernie, un muchacho campesino que había llegado a comprender esta ciudad.

Ernie se convirtió oficialmente en «Papá para los suyos» en Cincinnati. Eso es lo que dice en la placa que le dieron hace unos años, y es una verdad medular en los corazones de centenares de residentes de clase media y de mediana edad de Cincinnati que aún se refieren a sí mismos como «los chicos de Ernie».

Larry Reddin, en la actualidad uno de los miembros principales del Consejo de Apalaches Urbanos de Cincinnati, proviene también de esa fraternidad. Él era un muchacho de la calle en Over the Rhine, desamparado a la edad de once años. Ernie lo recibió en su grupo, ayudándolo al principio con lo que podría llamarse «pequeños asuntos de gran importancia», como dinero para el almuerzo. Finalmente Ernie consiguió un lugar para Larry en un programa residencial para adolescentes varones.

«De la manera en que estábamos creciendo, no había ningunas ilusiones del futuro —dice Reddin—. No había ninguna luz al final del túnel porque uno sólo pensaba en el día presente, de dónde iba a llegar la próxima comida. Lo que Ernie hizo fue darnos un modo de ver otras oportunidades.

«Cuando uno necesitaba a Ernie, siempre podía contar con él. Uno se decía, “¿Dónde estará Ernie?”, y en unos pocos minutos él venía bajando la calle. Era algo mágico. Y era totalmente incondicional. Con Ernie no sólo había una segunda oportunidad. Para muchísimos de nosotros hubo una tercera y hasta una cuarta».

«Ernie pastoreó a toda una generación en Over the Rhine hacia la adultez —cuenta Michael Maloney, quien comenzó a trabajar con Ernie cuando era estudiante en los años sesenta—. Y fue el mentor de una generación de consejeros sociales, muchos de los cuales todavía trabajan en los barrios pobres de la ciudad».

Cuando no estaba trabajando en las calles, Ernie estaba agitando en el Ayuntamiento en favor de la gente que vivía en los peores barrios de Cincinnati. Con el tiempo, su organización comunitaria comenzó a asentarse y a expandirse en círculos cada vez más amplios. Las organizaciones que él comenzó terminaron por convertirse en el Consejo Apalache Urbano, una agencia que supervisa toda una amplia gama de servicios sociales y programas culturales para los 250.000 ciudadanos de Cincinnati de origen apalache.

Conocí a Ernie en el último año de su vida, mientras yo trabajaba en una serie de entrevistas con emigrantes apalaches y sus hijos. Aun en aquel tiempo era fácil ver al hom-

bre que, sin mucho más que la fuerza de su intelecto y su personalidad, salvó a una generación de muchachos campesinos hace treinta años: un hombre alto, poderoso, de cara grande y franca que no veía en nadie a un extraño. Tenía una sonrisa que parecía decir: «Entra, siéntate, hablemos».

A Ernie se le había acortado un poco el paso por la fractura de una cadera que había sufrido un par de años antes, y su vista no era tan buena como solía ser, pero su mente, su ardiente compromiso con la justicia social y su gusto de contar historias no habían disminuido.

Especialmente la parte de contar historias. Es una cosa monumental: la respuesta de Ernie a cualquier pregunta era contar un relato. Resulta más largo, pero al final hay más verdad en eso que si él simplemente respondiera con hechos. Si uno le preguntaba directamente, como hice yo, qué era lo que había inspirado a dedicar su vida a la organización comunitaria, comenzaba a contarte un relato de la Segunda Guerra Mundial. A los veintiún años, había sido un aparejador de la Armada en una lancha torpedera en 1944, parte de la campaña secreta para ablandar las defensas costeras alemanas antes de la invasión de Normandía. En el Día D, él estaba en la Playa Utah.

«Sabes una cosa — me dijo una vez —, en el pueblito en que yo crecí, éramos aproximadamente seiscientas personas. Y sabes que la mayoría de los chicos con los cuales anduve de niño en ese pueblo están muertos; los mataron. Fueron llamados a las filas, y eso pasó porque éramos un montón de campesinos ignorantes que no sabíamos hacer nada, excepto disparar un fusil.

«En la playa, sabes, donde la ola baña la playa, la orla del agua, lo blanco no era blanco, era rojo. Por unas diez, veinte yardas. Tenía toda esa sangre metida en mis ropas,

impregnada hasta en los calzones y en todas partes, tan dura como una tabla. Y era la de mis amigos, era su sangre, no la mía».

Aun después de cincuenta años, el recuerdo lo llevó al borde de las lágrimas:

«Si salgo de ésta, me dije, nunca voy a entrar en ninguna otra. Dije que si vivía, y volvía a los Estados Unidos, mi vida sería diferente».

Él volvió y cumplió su promesa. Y ahora, finalmente, ha regresado a su hogar.

*Pasaré a través de este mundo nada más que una vez.
Cualquier bien que pueda hacer o cualquier bondad que pueda
mostrar a cualquier ser humano,
déjenme hacerlo ahora. No me dejen diferirlo o abandonarlo,
porque no he de volver a pasar por este camino.*

MAHATMA GANDHI

Capacite a individuos dentro de las comunidades apalaches para que fortalezcan las familias, desarrollen organizaciones comunitarias, y reformen los sistemas que afectan nuestras vidas. Llame a **The Urban Appalachian Council** al 513-251-0202.